

mos los alumnos: los que eran de la misma provincia, elegían en junta general al que llamaban *Príncipe*, encargado de velar por el orden de los del mismo país, de terminar las diferencias, y de vigilar por sí mismo la conducta y las costumbres de todos. Se ve, pues, que las Universidades de aquellos tiempos eran verdaderas repúblicas bajo el cetro del rey de todas las Españas, que no intervenía en la vida pública, sino para mantener la unidad nacional, haciéndola converger en el bien común. Los novelistas, desde Miguel Cervantes hasta Lesage, nos han dado á conocer las costumbres de aquellas pequeñas democracias, con frecuencia demasiado pendencieras, pues no se componían sino de jóvenes, pero profundamente cristianas, y siempre respetuosas con la autoridad de sus jefes. En uno de tales centros se encontró Calasanz en 1571, cuando sólo contaba quince años.

Su primer cuidado fué buscarse primero un buen director, después un buen profesor de Filosofía. De todo había en abundancia en Lérida. Inmediatamente, y con la aprobación de su Director se trazó la norma de vida, que observó con la más escrupulosa exactitud hasta la terminación de sus estudios, prolongados por diez años.

Todo estaba previsto en aquel Reglamento de Calasanz, los ejercicios de cada mes, de cada semana, de cada día, y hasta de cada hora, de manera que no perdiera un solo minuto, cumpliendo á satisfacción con la triple obligación de cristiano, de estudiante y de caballero. Persuadido de que el temor de Dios es el principio de la sabiduría, y de que ese mismo temor da inteligencia al que lo cultiva, (1) después de consagrar al estudio el tiempo necesario, imponíase largas oraciones con la frecuencia de los Sacramentos, la visita de las Iglesias, y con especiales devociones á los Santos, particularmente á la Santísima Virgen y á San José, su patrón. Llama la atención en la vida de San José la facilidad con que atendía á todo, sin olvidar ni omitir jamás nada. En sus manos tenía inconcebible elasticidad el tiempo: cierto es que su preclara inteligencia le facilitaba asombrosamente los estudios; pero es también cierto que la regularidad de su vida, como lo veremos en las páginas de esta historia, aun en los últimos años de su extremada vejez, no le permitía perder la parte más insignificante. Podía decirse que no sabía lo que era recreo, bastando para distraerle el cambio de ejercicio.

Desde su llegada á Lérida se impuso un ayuno casi continuo, no haciendo más que una comida al día, que con frecuencia era pan y agua; y esta costumbre la conservó toda su vida. Dormía poco, algunas horas apenas, frecuentemente, sentado apoyando la cabeza en la mesa, ó acostado en la desnuda tierra. Afligia

(1) *Initium sapientiae timor Domini. Intellectus bonus omnibus facientibus eum.* (Salmo CXIX, 21.)

su cuerpo con sangrientas disciplinas y con ásperos cilicios, para que no pudiera revolverse en aquella juventud tan llena de energías contra la voluntad formal de sacrificarse enteramente á su Dios. Día y noche tenía exactamente prescriptas las oraciones y las conferencias con los maestros y con los discípulos; siendo para con éstos tal el atractivo de sus delicadezas, de sus buenas maneras, de su bondad, y de los magníficos resultados en todos sus estudios, que, siguiendo la costumbre de la Universidad, al elegir Príncipe, pusieron en él los ojos todos los aragoneses.

No consideró José aquella dignidad como honor, sino como carga verdadera en obsequio de sus compatriotas, creyéndose obligado á velar atentamente por el progreso de todos en la ciencia y en la virtud. Al mismo tiempo empleaba muchas horas del día en instruir á los ignorantes en la doctrina cristiana, en llevar consuelos y auxilios á los hospitales, prestando á los enfermos los servicios más repugnantes y más bajos según el mundo.

En aquellos tiempos no se conocían esos crueles reglamentos que privan á los pobres de semejantes consuelos; la administración no había hecho desaparecer las obras de misericordia; y los ricos, en contacto habitual con los pobres, eran los compañeros asiduos del sufrimiento y de la pobreza. Trataba de ocultar José aquellas buenas obras, pero en vano: descubríanlo las repetidas obras de caridad, de modo que podía decir muy bien con Job: «Desde mi infancia creció conmigo la misericordia; y desde el seno de mi madre, ella es mi fiel compañera». (1)

Entre tanto eran verdaderamente extraordinarios sus adelantos en filosofía, excitando la admiración de sus maestros, orgullosos de tener tan aventajado discípulo. La fama llegó á Peralta, y halagado en su amor propio su padre, lejos de pensar en que interrumpiese los estudios, le invitó á que estudiase Derecho Civil y Canónico. Quedó maravillado José ante la iniciativa de su padre: con el bien madurado proyecto de llegar al sacerdocio, veía que le era indispensable el estudio de las leyes eclesiásticas. Con gusto unió á aquel estudio el del Derecho Civil tan íntimamente unido al Canónico. Sin dejar ninguna de sus prácticas de piedad ó de penitencia, gracias á la vivacidad de su inteligencia, y sobre todo, al especialísimo auxilio de Dios, bien pronto se señaló por sus sorprendentes adelantos. Más satisfecho que nunca su padre, dióle pruebas del placer que sentía, y aprovechando aquella circunstancia, le manifestó José su ardiente deseo de vestir los hábitos eclesiásticos, y de recibir la primera tonsura. Cedió D. Pedro, y en el año jubilar de 1575 vió nuestro Santo colmados sus deseos recibiendo la primera tonsura de manos de su propio Obispo de Urgel, Doc-

(1) *Ab infantia mea crevit mecum miseratio, et de utero matris meae egressa est mecum.* (Job. XXXI. 18).

tor D. Juan Dimas Loris, en la Iglesia del Santo Cristo de Almata, de la ciudad de Balaguer.

Alistado así en la milicia de Cristo, quiso José unirse más estrechamente á nuestro Señor y á su Santísima Madre, renunciando á todas las esperanzas de un porvenir mundano, y prostrado en aquella misma iglesia ante el altar de la Santísima Virgen, hizo voto de castidad perpetua. Fué para él completa renovación; desde entonces aumentó las prácticas de piedad, y puso mayor diligencia aún en su cargo de *Principe* de los aragoneses. En las conferencias que tenía con ellos, trabajaba por hacerles adelantar en las ciencias; y en las reuniones piadosas los excitaba á la asistencia á los divinos oficios y, más aún, á la frecuencia de los Sacramentos. Arbitro en las diferencias de sus discípulos, y árbitro indisputable, daba más y más pruebas del don que había recibido para hacer reinar la paz y la concordia entre todos, para corregir las conversaciones poco edificantes, y para hacer volver á los extraviados al verdadero camino. Don Mateo García, de familia noble, tenía carácter pendenciero y levantisco, lo que con frecuencia le ocasionaba enojosas y peligrosísimas contiendas. El mismo cuenta que José le sacaba de semejantes apuros; que por él llegó á domar con la virtud los arrebatos de su carácter; por lo cual le daba el nombre de su ángel custodio. Bien penetrado, así á lo menos lo pensaba él, de que tenía la vocación deseada, pensaba que un sacerdote nunca es todo lo sabio que debe ser, y que sus labios deben derramar sabiduría. (1) Redobló el trabajo, y con éxitos sorprendentes, y con aplauso de todos, á la edad de veinte años se hizo Doctor en Derecho Canónico y Civil en la Universidad de Lérida. Entonces con la aprobación de su padre, se decidió á comenzar el estudio de la Teología en la entonces tan renombrada Universidad de Valencia.

Valencia, capital del reino de su nombre, que limita con el reino de Aragón, está situada á orillas del Turia, á sola una milla del Mediterráneo. Por la suavidad de su clima, es considerado su territorio, excesivamente fértil, como el país más bello de España. Lo mismo que en Lérida, el primer pensamiento de José fué escoger un buen Director y un hábil Teólogo para sus estudios. El primero aprobó en todas sus partes el reglamento que tan felices resultados le había dado en los cursos de Filosofía y Derecho. Pero el demonio había resuelto vencerle y desquitarse á placer de sus derrotas de Peralta y de Lérida. La bondad del clima de Valencia y las costumbres de sus habitantes contribuían no poco á dar cierta libertad á los espíritus, y á rebajar los caracteres. Comprendía Satanás el formidable enemigo que había de tener en José, si llegaba á ser sacerdote: su angelical juventud presagiaba la virtud de su edad madura. No

(1) *Labia sacerdotis custodient scientiam, et legem requirent de ore ejus, quia angelus Domini exercituum est.* (Malaquías, II, 7).

había podido deshacerse de él á los cinco años; había aparecido invulnerable cuantas veces quiso ahogarlo y sofocarlo; quedábale un recurso más seguro: quiso probarlo.

Estaba entonces José en los veintiún años, edad de las pasiones más violentas, y parecía que todo le predisponía á ellas. Joven apuesto y cortés, blanco y delicado, de elevada estatura, de cabellos rubios, reflejando la belleza de su cuerpo la hermosura de su alma, en aquella nueva Capua lo exponía su misma inocencia á peligros que no conocía. Si sucumbía, concluida estaba aquella precoz santidad que tantos sustos causaba al demonio, y quizá llegase hasta perder la vocación: en fin, era una hermosa victoria que el infierno no podía despreciar: había que ensayarla, tomándole por sorpresa.

Los parientes y los amigos de Calasanz eran muy numerosos. Le habían encargado sus padres muchas visitas de familia y de amistad, y José, siempre sumiso, no podía contrariar su voluntad. Y al cumplir con aquellos deberes de cortesía en las casas nobles, no podía dispensarse de presentar sus respetos á las señoras de su clase. Una de ellas, prima suya, y de las familias más principales del país, encantada de la fina delicadeza, y de la perfecta cortesía de José, se adelantó á pedirle que le escribiera algunas cartas de felicitación para algunas personas extrañas. Sin desconfianza de ningún género le satisfizo al momento el santo joven, y aquellas cartas tan bien escritas le causaron placer inmenso. Hízole en otras ocasiones encargos de asuntos serios; y aquí le esperaba el demonio para causarle cierta é inevitable ruina. Joven é inteligente la dama, no tuvo que trabajar mucho el demonio para cambiar en mal sentido aquel afecto perfectamente honesto que le había inspirado la virtud de José, aumentado todavía más por la belleza de sus formas. Primero comenzó por ganárselo con los obsequios que le hacía como testimonio de su gratitud por las molestias que le causaba, imponiéndole al mismo tiempo otras mayores. Trataba de satisfacer todas sus necesidades, alejado como estaba de su familia; le descubrió sus sufrimientos de otros tiempos, derramando lágrimas que tan peligrosas son á veces en las mujeres. En fin, con toda suerte de lisonjas y de atenciones afectuosas se esforzaba por comunicar al corazón de nuestro joven la indomable pasión que se había enseñoreado del suyo. Pero eran vanos aquellos esfuerzos: la gran pureza de José y su perfecta inocencia no le dejaban adivinar los deseos de su pariente. Continuaba visitándola, cuando lo exigían las circunstancias, sin percatarse de la violenta llama que involuntariamente había encendido en aquella alma. Viendo que nada adelantaba por los medios indirectos que tan infaliblemente seguros son entre los jóvenes vulgares, resolvió atacarle directamente y sin rodeos con proposiciones infames. Pesó bien, y preparó con habilidad grandísima todas las circunstancias de tiempo, de lugar, de palabras y de acciones que inevitablemente debían ganarle

el consentimiento de nuestro Santo. Y ved á nuestro joven, en todo el ardor de sus veintiún años, agradecido á aquella dama por tantos obsequios, asediado hacia tanto tiempo con extremada habilidad, atacado de repente con promesas, amenazas, súplicas y lágrimas, y descubriendo en fin la verdad horrible, sin que antes hubiera tenido la sospecha más insignificante. Fué aquello un trueno que retumbaba sobre su cabeza: tembló primero, después tomó su resolución con la rapidez del relámpago, y sin mirar siquiera á su parienta, sin pronunciar más palabras que los nombres dulcísimos de Jesús y de María, y haciendo sobre sí la señal de la cruz, salió con rapidez de aquella casa, y corrió á la Iglesia más próxima á dar gracias á Dios por su victoria, y á renovar el voto de castidad. Jamás un joven de costumbres puras había corrido semejante peligro, del cual hemos dado bien compendiados los detalles. Debía tomar una resolución. Romper con aquella dama hubiera sido hacer sospechar la verdad, dejándola cubierta de deshonra. Era demasiado bondadoso José, para que ni siquiera lo soñase. Conforme con la opinión de su padre espiritual, salió inmediatamente de la ciudad y del reino de Valencia, pretextando asuntos graves y repentinos, que no le permitían despedirse de nadie, y partió para Alcalá de Henares, en Castilla, á continuar allí sus estudios. Aquella definitiva victoria obligó al demonio á diferir su venganza, y á cambiar de táctica. Había de atacarle más tarde con las persecuciones, que quizá habian de igualar á las del Santo Job, y le habian de merecer su nombre.

La célebre Universidad de Alcalá, en otro tiempo *Compluto*, fué fundada con real munificencia por el célebre cardenal Jiménez de Cisneros, el más grande hombre de Estado que ha tenido la Europa en los tiempos modernos. Igual á lo menos á Richelieu en habilidad, la administración de aquel franciscano estuvo exenta de los lunares que tan justamente hace notar la historia en el ministro de Luis XIII. Su gloria es una de las más puras de la historia de España: él preparó los grandes reinados siguientes, como Richelieu preparó el siglo de Luis XIV. Aquella Universidad era célebre entonces, no sólo en Castilla y en todas las Españas, sino también en la Europa entera, y allí acudían en tropel los jóvenes de las familias más principales para conseguir la borla del Doctorado, que se tenía en mayor estima que la de las demás Universidades. Distinguiase entre todos por su elevada alcurnia y por su talento privilegiado don Ascanio Colonna, más tarde Cardenal y virrey de Aragón. Pronto se hizo el mejor amigo de José, y su nombre aparecerá en las páginas de esta historia.

La vida de José fué lo que había sido en las otras Universidades, con más la multiplicación de las austeridades contra sí mismo, acusándose de haber hecho prevaricar á aquella dama de Valencia, y culpando á aquella hermosura, que había sido la causa de tanto mal, castigándose con extremado rigor por una

M^o BORDAS.

TYP. J. CLAYE.

S. José de Calasanz á los 21 años huye de Valencia para conservar la castidad.

falta de que no era culpable. Encargáronse de aquella venganza, que fué implacable, los cilicios, las cadenas de hierro, los ayunos, y el interrumpir el sueño con sangrientas disciplinas. No prosiguió con menos aliento los estudios teológicos; y sus éxitos excitaban la admiración de los más sabios, cuando se vió obligado súbitamente á suspenderlos á causa de la muerte de su hermano mayor don Pedro Calasanz. Hacía tres años que se había casado, y el Señor no le había concedido sucesión. Ocupábase en 1579 en reclutar é instruir á sus soldados del condado de Ribagorza para ayudar con su contingente á Felipe II que trataba de hacer un solo reino de toda la península ibérica con la conquista de Portugal. Las extraordinarias fatigas que se impuso le causaron la muerte.

Cuando tan tristes noticias llegaron á José que amaba con predilección á su hermano, aumentóse el dolor causado por ella con el pensamiento en los obstáculos con que iba á tropezar su vocación. Su padre había manifestado siempre sus intenciones de hacerle seguir la carrera de las armas, cuando ya era militar su hermano mayor: ¿qué sería entonces, siendo ya él el único representante de la familia? En efecto, obligóle don Pedro á renunciar á los estudios, y á volver inmediatamente á su casa, para contraer honroso matrimonio con que dar al ilustre apellido de los Calasanz los herederos que en vano se habían esperado de su hermano. Más vivas fueron todavía estas instancias á la muerte de su madre, doña María Gastón, que no pudo sobrevivir á la pena que le causara la pérdida de su hijo mayor. Profundamente afligido José con esta segunda desgracia que tan de cerca había seguido á la primera, no queriendo aumentar el dolor de su desgraciado padre, declarándole su irrevocable resolución de ser sacerdote, y el voto de virginidad que le ligaba al Señor, empleó todo género de pretextos decorosos para ganar tiempo, y atraer á su padre á sus deseos sin contristar su avanzada edad. En las páginas todas de esta historia iremos encontrando señales de la virilidad y energías de aquella alma tan segura de sí misma, persiguiendo siempre el mismo fin, sin desvíos de ninguna clase, huyendo constantemente de las rupturas violentas, esperándolo todo del tiempo y de la intervención de Dios. En aquellas circunstancias podía atribuirse á su primera educación, al profundo respeto que inspiraba entonces á los hijos la autoridad paterna; pero fué ésta la inclinación de su carácter toda su vida: y como nuestras mejores cualidades se convierten en defectos, cuando son excesivas, quizá aquella debilidad de San José, ó más bien, aquella excesiva bondad que le hacía mirar con horror las medidas extremas, fué, por permisión de Dios, causa de los largos padecimientos, como también de la gran santidad de su vida.

Sea de ello lo que fuere, en aquellas circunstancias tal método le dió los mejores resultados. Como estaba ya para terminar sus estudios, y había de recibir muy pronto el grado de Doctor

en examen público, suplicó á su padre le permitiera concluir el curso de Teología, que tan útil había de serle toda su vida. No era extraordinaria entonces aquella petición, sabemos que algún tiempo después, el gran Condé, vencedor en Rocroi á los veintidós años, era uno de los más temibles mantenedores de la Sorbona. Las clases elevadas ambicionaban conocer la Religión, y conocerla á fondo, así como hoy es patrimonio de nuestros gobernantes, tan excelentemente pintados por San Judas, la ignorancia más supina en cuestiones religiosas «Bestias irracionales que blasfeman de todas las cosas que no saben.» (1) Insistía José en que, habiendo dedicado tanto tiempo á aquella clase de estudios, no convenia dejarlos sin concluirlos, no faltando más que algunos meses. Dios le había concedido algún éxito, y por reconocimiento á sus maestros, no podía dispensarse de sufrir el examen público, que quizá los honrase algo. No sabemos si quedó plenamente convencido su padre; pero en parte convencido, y en parte condescendiente, permitió á su hijo que realizase sus designios. Volvió, pues, José á Alcalá á acabar gloriosamente los estudios, y obtuvo el diploma de Doctor con tan felices resultados, que su nombre, llevado por la fama, se hizo célebre en España donde se le conocía con el nombre de Doctor Calasanz.

Terminados los estudios, debía volver á su casa; mas no podía resolverse, conociendo la oposición que hallaría su vocación, y no queriendo por otra parte oponerse á la autoridad de su padre tan respetable para él. En semejante dificultad se dirigió á Aquella que constantemente había sido su protectora, suplicando á la Santísima Virgen le inspirase un motivo plausible para permanecer algún tiempo más lejos de su casa. Acababa de ser nombrado Obispo de Jaca, al pie del Pirineo, D. Gaspar Juan de la Figuera, distinguido profesor en otro tiempo de la célebre Universidad de Salamanca, donde se le conocía con el nombre de *sol de sabiduría*, y que por sus conocimientos teológicos había sido nombrado del Consejo de Su Majestad. Hasta él había llegado la fama de José, y deseó tenerlo por compañero y auxiliar de sus estudios. Bien á tiempo llegaba aquella invitación. Inmediatamente dió cuenta á su padre nuestro joven, diciéndole que no le había sido posible negarse á la petición de tan ilustre Prelado, petición, por otra parte, tan honrosa para él y para su familia, y que podía serle de gran provecho. Partió inmediatamente para Jaca quedando su padre algún tanto satisfecho, ya que no había de ser separación de mucho tiempo. Grandemente útil fué para José la compañía de varón tan excelente. Nada perdieron ni su piedad ni su inteligencia, puesto que el Ilustrísimo Señor de la Figuera era tan piadoso como sabio. Mas no había pasado un año, cuando renovó sus instancias don Pedro, y acompañadas esta vez con tal autoridad, que José,

(1) Bruta animalia, quaecumque ignorant blasphemant. (Judas 10.)

siempre hijo sumiso, creyó deber rendirse á sus órdenes y á sus deseos. Volver no era mucho; la dificultad magna consistía en substraerse á la presión de su padre, pues José estaba resuelto á no casarse, y se había obligado á ello con voto perpétuo; su recurso ordinario era siempre la oración. En cuanto al Obispo, se había acomodado admirablemente al carácter de su discípulo, le encontraba muy superior á su fama, y no podía consolarse al verle partir: sin embargo, le aconsejó que obedeciese, esperando volver á verle algún día, conservándole en su compañía hasta su muerte, lo que sucedió en realidad.

Tenía entonces José veinticinco años: ante él se abrían las carreras más brillantes; pero una sola había cautivado su corazón, la del Sacerdocio. Estaba enteramente resuelto á serlo sin desobedecer á su padre, cosas que al parecer eran inconciliables; pero tenía muy presentes aquellas palabras de San Jerónimo: *Honra á tu padre, mientras no te separe de tu verdadero padre; reconoce los lazos de la sangre, mientras reconozca él los derechos del Criador*: (1) Admirable máxima, casi desconocida entre las familias de nuestra época, y que por la oposición á sus designios, castiga Dios imponiendo á toda la juventud de nuestro país una vocación uniforme, desastrosa para muchos, el servicio militar.

(1) Honora patrem tuum, sed si te a vero patre non separat: tandiú scito sanguinis copulam; quamdiú ille suum noverit creatorem. (San Jerónimo, Epist. 10, ad Furium.)



CAPÍTULO III

SACERDOCIO

1581-1591

LEGADO á Peralta, propúsose José seguir al pie de la letra aquel Reglamento tantas veces aprobado por sus directores espirituales: las horas que antes empleara, ya en seguir sus estudios en las Universidades, ya en las conferencias con el Obispo de Jaca, las consagró á formar una Academia en beneficio de la juventud desocupada, objeto de todos sus cuidados, por lo mismo que está más expuesta por la falta de ocupación. Admiraban en él sus compatriotas tanta virtud y tanta sabiduría, porque era fiel imitador de lo que de nuestro Señor Jesucristo dice el Evangelio: *De vuelta á su patria enseñaba en las Sinagogas, excitando la admiración de todos. ¿Cómo tiene, decían, tanta sabiduría y tanta virtud?* Su mismo padre, lleno de entusiasmo ante un hijo tan notable por su ciencia y por su santidad, le instaba menos á que se casase, temeroso de entristecerlo, pues habia notado la soberana repugnancia que sentía por el matrimonio. Dejó pasar algunos meses sin volver á la carga, pero sin renunciar por eso al designio que tan grabado tenía en su alma. Trató primero de atraerle con las instancias de los parientes y de los amigos que habia ganado á su causa; mas viendo que nada podia alcanzar por aquellos medios indirectos, se propuso atacarle directamente por sí mismo haciendo uso, ya de la autoridad que sobre él tenía, ya de su cariño, suplicándole que no apenase su vejez, negándose á darle herederos de su nombre. Terribles heridas abrían en el corazón de José aquellas lágrimas y aquellas súplicas de tan buen padre: no tenía valor para entristecerle negándose en absoluto, y se contentaba con dejar que pasase el tiempo, redoblando también las oraciones y las penitencias. Suplicó especialmente á su divina Madre, la Santísima Virgen, que le permitiese llegar al sacerdocio, y, si era indigno, que le concediera morir antes que violar su voto de castidad. Escuchóle milagrosamente la Virgen Santísima, porque poco después cayó gravemente enfermo, tanto, que le desahuciaron los